

El Tesoro Popular

PERIODICO

De intereses religiosos y locales
devoción a los CORAZONES

Donde está tu tesoro allí también está
Con aprobación de la



QUINCENAL

y especialmente para fomentar la
de JESUS y de MARIA

tu corazón. (San. Mat. Cap. VI-v. 21)
Autoridad Eclesiástica

Año I

Aserrí, 15 de diciembre de 1916

Núm. 7

El grano de oro

Ya el invierno va arrollando sus crespones enlutados de las nubes cargadas de lluvia para dejarle lugar al verano que vendrá brindando hermosura, claridad, brisas y bienestar. La incansable chicharra nos convida a gozar del cielo despejado, de los alegres rayos del sol, de la furia de los vientos que sacuden las arboledas. El rico ya empieza a desperezarse del encogimiento que le dejó la estación lluviosa y a abrir tamaños ojos para mirar en su fantasía más repleta su caja, merced al café, grano de oro del país. Así como el invierno tuvo su cielo encapotado, el pobre estuvo en vuelto en el cobrizo manto de la carestía y de la crisis actual. El verano le ensancha y pone risueño el corazón. ¡Cómo se le desgarraría el corazón al escuchar los llantos de su gente menuda, porque estaban medio ateridos de frío por falta de abrigo o medio muertos de hambre por falta del necesario alimento!

"Pasó ya el invierno" dice el Libro de los Cantares, disipáronse y cesaron las lluvias; despuntan las flores en nuestra tierra; el arrullo de la tórtola se ha oído en nuestros campos; la higuera arroja sus brevas; esparcen su olor las florecientes viñas. En sentido material considera esto el pobre con el arribo de la estación alegre. Aparecieron las flores de café, se cuajó el grano de oro en las tierras del rico quien nos dará trabajo para saldar las deudas contraídas en el invierno.

Grano de oro es, en realidad, el café para el rico y para el pobre. Si es cristiano llorar con los que lloran y reír con los que ríen, nosotros no podemos menos que compartir con to-

dos, los pesares y alegrías del pueblo como se aflige el buen padre de la desgracia de sus hijos y se llena de júbilo al verlos dichosos. Nos alegramos con los ricos, pues pasarán más holgadamente con el dinero que les dé la cosecha; podrán adelantar los trabajos y esto es progreso de la agricultura en nuestro pueblo. Nos alegramos con los pobres y más con los pobres que son los niños mimados del Corazón de Jesús, porque son desgraciados, si desgracia puede llamarse la pobreza, pues respirarán en el verano un ambiente de felicidad.

Parécenos contemplar a las muchachas preparando sus canastos, cada una conforme a su edad, adornando sus sombreros de paja, aunque sea con tiras de colores chillantes, a guisa de cinta, para salir a semejanza de la bella Ruth, la cual iba a los campos de Booz a recoger las espigas que dejaban los segadores, para salir, dijimos, a coger café y llenar los agujeros que abriera el invierno. Nos imaginamos oír pasar los grupos de hombres y mujeres que van al cafetal, en festiva conversación y alegres risotadas. Nos figuramos escuchar ya el continuo chillar de las carretas que día y noche pasan cargadas con ese grano de oro. ¡No era de colores más vivos el cuadro que ofrecía la siega en los tiempos de Ruth; no es más poético contemplar el conjunto de aldeanos en los países en donde se hace la recolección de las uvas para fabricar el vino!; escena campestre es esta de la cogida del café que disipa el aburrimiento y ensancha el espíritu. Mas, esa alegre escena cambiase a veces en tragedia; ese grano de oro conviértese en grano de mirra para algunos. Para algunos ricos es la cosecha del café que los enriquece más, un paso a la ambición

hacia el olvido de Dios el cual permitió madurarse el fruto; un paso más hacia el endurecimiento para con el menesteroso, porque el corazón se metaliza. Ojalá fuera ese grano de oro muchos granos de oro para el alma, para la religión y para el pueblo. Para el alma por el buen uso del aumento de riquezas, compadeciéndose de los que el cielo no les dió fortuna; para la religión contribuyendo al ornato de la casa de Dios; para el pueblo, emprendiendo trabajos que hermoseen los campos, lo que traerá crecimiento de cosechas; mejorando o embelleciendo las casas a fin de que no aparezcan de horrible facha; esto llamará la atención de los visitantes quienes tendrían que exclamar: ¡cómo adelanta Aserrí; se notan construcciones nuevas! En ocasiones la cogida del café no brilla para el pobre con los fulgores del oro, porque quizá por la negligencia de los padres convierte alguna niña en amarga mirra su casa; jubilosas acudían todas a ganar y de este modo ayudar a sus padres, y al final salió alguna mustia como la rosa deshojada; sus oídos escucharon palabras inmundas; su honor fué pisoteado, sumiendo a los autores de sus días en la vergüenza y la amargura, cosecha triste de las cogidas de café, debido a inconsideración de sus padres, quienes sin ninguna precaución, la expusieron al peligro; debido también al libertinaje de algunos hombres y a la liviandad de algunas mujeres o a la inexperiencia de las mismas. ¡Desapacible fruto, por cierto, de las cogidas de café, fruto que no se secará jamás en el hogar del pobre. Bueno fuera que las jóvenes sólo frecuentaran los cafetales con sus madres, a ser posible; dejarlas ir con amigas es exponerlas porque de cien amigas habrá una del todo intachable. Si los

dueños de cafetales dividieran a los cogedores de las cogedoras harían una obra moralizadora, digna de alabanza. Obra digna también de aplauso sería que se retirasen del trabajo a las personas que con su lenguaje obsceno sembrasen la inmoralidad entre los compañeros. ¡Que el grano de oro siempre quede grano de oro, queridos vecinos de Aserri, y no se convierta en grano de mirra! ¡Que el grano de oro no atraiga la maldición del Eterno! ¡Que antes se conserve el grano de oro del alma pura y del honor, que el grano de oro del café y de la ganancia en la cogida!

RAINERIO

El beso del Niño Jesús

Adela, la pequeña Adela, era un encanto. ¡Qué monina era ella, tan menudita, tan blanca, tan alegre y risueña, con su cabecita graciosamente inclinada, sus grandes ojos azules y sus ricitos de oro!

No es de admirar que su padre, terminadas sus tareas cada día se apresurase por llegar a casa y recibir sus caricias y escuchar todas aquellas pequeñas grandes cosas que la niña tenía que contarle.

Mas ¡ay! que el sol que luce hoy brillante y espléndido y que se pondrá esta tarde dorando el horizonte con sus luces, puede presagiar una mañana triste y negra.

Un día la niña había jugado mucho, había triscado y saltado mucho la corretona. Su madre, sin embargo, no pudo menos de observar con sobresalto el círculo amoratado que sombreaba sus lindos ojos. Por la noche el ruido de una respiración dificultosa, un ronquido fatigoso y duro, despertó a los esposos sobresaltados. Una fiebre intensa consumía la niña. Su frente reluciente y tersa echaba fuego, sus ojos tenían un brillo singular. Ya no sonreía. Su cabeza reposaba lánguida; sobre la blanca almohada resaltaba su encendido rostro. El astro de la dicha había retirado sus rayos bienhechores del humilde hogar y la sombra del dolor se enseñoreaba de la casita blanca.

Reinaba en los corazones la alegría. El silencio solemne de la noche era turbado por mil ecos bulliciosos que recordaban la gran fiesta del Cristianismo. Era el 24 de Diciembre. Y mientras cada hogar se convertía en un templo celebrando la venida del Mesías, y el alborozo era el ambiente de la noche feliz, dos esposos desdichados se inclinaban ansiosos ante la cunita blanca de la pequeña Adela.

—¡Oh, mujer, decía el padre, por

qué no nos dejará el Señor nuestro angeltito!

Acaso no somos dignos, replicó— la madre. Y como rectificándose a sí misma, añadió: ¡Oh, Dios mío! la queremos mucho, y hubiéramos procurado hacer de ella una buena cristiana.

—Esta noche es una noche solemne. Si le rogamos a Dios de corazón ¿no hará acaso un milagro?

—¡Un milagro! ¿Y si nuestro buen Dios se enfadase con nosotros? ¡Enfadarse esta noche! ¡No! Nos oirá y tendrá piedad de nosotros.

Y, cayendo de rodillas los esposos, unieron en una ferviente oración sus almas doloridas, mientras un sueño tranquilo se apoderaba de la niña.

¡Oh, qué fervorosa brota la oración al choque de la desgracia! La misma noción del tiempo desaparece y el espíritu se sublima en contacto con la Divinidad.

No es fácil, por lo mismo precisar lo que duró la plegaria de los dos esposos.

Un movimiento de la enfermita, sin embargo, les hizo levantar con rapidez, mientras en la lejana torre sonaban lentamente las doce campanadas de la media noche. La fisonomía de la niña se desplegaba alegre.

Una sonrisa entreabre sus labios, se incorpora, agita sus bracitos, hace ademán de rodear el cuello de alguien, y los dos oyen distinto y claro el ruido de un largo beso, ruido dulce y sonoro a la vez, que repercutió en sus corazones como música del cielo.

Se miraron asombrados, asustados casi, mas sus ojos nada vieron. Pero un como perfume delicioso embriagaba sus sentidos, y cual si estuviesen en presencia de algo misterioso y grande, otra vez cayeron de rodillas.

Sus labios no se abrieron pero un himno de acción de gracias brotó a la vez en sus corazones. En el momento la niña se despierta y habla. Tendiendo otra vez sus brazos a un sér invisible que la atrae, grita con una voz llena de celestial dulzura: ¡Jesús, oh Jesús! ¡Un beso más, Jesús mío!

Ya adivináis lo que pasó. El Niño de Belén, en memoria de su glorioso Nacimiento, quiso derramar la dicha en la casita blanca, visitando a aquel ángel de la tierra y curándole con un beso fraternal. Quiso su padre besar sus labios rojos, mas ella, rechazándole dulcemente, le dice:

—En la boca no, Jesús me ha besado ahí.

¡Oh maravilloso instinto de la inocencia! La niña había comprendido

que por el beso del niño Jesús sus labios estaban santificados y no podían prestarse a contactos profanos.

Reinó mucho tiempo bajo aquel techo humilde la dicha más completa, y el agradecimiento, la fe y el amor unieron aquellos tres corazones en una fidelidad común y en una paz inalterable. Sin embargo, un día nuevas lágrimas fueron vertidas en el hogar bendecido. Fué en aquel en que Adela dejó a sus padres queridísimos, siendo fiel al llamamiento de Jesús, que había escogido para esposa a la que de niña había dado el beso de sus castos desposorios.

Más tarde se encontraba una joven en un Hospital con hábito de religiosa; de grandes ojos azules, blanca risueña, entregándose con ardor al cuidado de los pobres, de los enfermos, de los abandonados de este mundo. Si la pudiérais seguir a su celda y contemplarla cuando arrodillada lleva a sus labios el Crucifijo suspendido de su cuello, comprenderíais que ella gusta aún, que gusta siempre la embriaguez del beso divino recibido en una noche del 24 de Diciembre.

Encantos de Diciembre

Si alguien me preguntase cual de los meses me gusta más; cuál trae a mi memoria recuerdos nunca viejos y siempre dulces; cuál de los meses inspira a mi alma emociones tiernas, diría sin tardar que para mí el mes de los meses, el mes encantador es Diciembre, porque siempre que pienso en él mis penas se truecan en dulzuras, mis dolores en consuelos, viene la paz en mi alma, se llena de alegría mi corazón.

Cuando era chiquillo y estaba en la escuela, de vez en cuando me venían días de aburrimento; pensaba en las vacaciones de Diciembre y me consolaba. Si apurado en la resolución de un problema maldecía la hora en que mamá con cariño sincero me llevó a la escuela, pensaba en Diciembre y me tranquilizaba; es verdad que los exámenes eran terribles y terribles, pero enseguida vendrían las vacaciones suspiradas. En el invierno, con el carriel terciado a la espalda, y a la carrera, bajo un fenomenal paraguas llegaba a mi casa tras un arresto de una hora por haber hablado en la fila; allí era el crujir de dientes cuando papá con mano franca me ajustaba 5 fajazos más o menos; entonces sí que deseaba, como las ánimas, el mes de mi Redención, el sin par Diciembre.

¿Qué hacía en Diciembre? A bre-

na mañana, con el almuercito al hombro y canasto en mano, caminaba en alegre y animada procesión al campo de mis operaciones, a la cogida de café.

¡Qué feliz me encontraba en las tardes! Vuelto del trabajo encumbraba papalotes, jugaba güápiles al *paris y nonis* y sobre todo pensaba en los cuatro *riales* que legítimamente me había ganado. ¿Y los sábados? ¡Qué contentera! Tres pesos para un chiquillo son como los cheques con que se divierten los ricos. ¡Qué mes tan bello!

Cuando ya era más formal porque era más viejo y estudiaba en un colegio de la capital donde trabajaba con tesón para corresponder a los desvelos y sacrificios de mi amoroso papá, esperaba ansioso el mes de Diciembre. Nunca recibí premio de honor porque jamás lo merecí; sin embargo, en los cuatro diciembres de vida colegial, regresaba a mi casa y saludaba a mis padres con el certificado de estudios y les decía: "estudié con diligencia, presenté exámenes buenos, gané el año y vengo a descansar".

¿Podré olvidar acaso el mes bellísimo de mañanas frescas, de tardes hermosas y de noches claras? No! El mes último es el mes de los meses.

Sin embargo los encantos de Diciembre son otros, son encantos sobrenaturales. María Inmaculada y el Niño Dios hacen del último mes del año, el mes poético por excelencia.

Celebra la Iglesia nuestra madre el misterio de la Concepción Inmaculada de María y el Nacimiento del Hijo de Dios.

No es este el lugar para exponer la verdad del Dogma de la Inmaculada Concepción, ni mi pluma se atrevería a hacerlo, consideradas la sublimidad de su doctrina y la insuficiencia de mis conocimientos.

Las glorias de María Santísima que con acentos amorosos cantaron Domingo de Guzmán, Bernardo de Claraval y Alfonso de Ligorio, me inspiran amor devotísimo a la azucena de fragante pureza, al lirio castísimo, a la rosa de hermosura sin igual: la Madre Augusta del Salvador.

A la Reina del cielo ofrecieron los Santos lo más puro de su amor; los poetas le dedicaron sus más escogidos versos; los pintores lo más bello de sus producciones y todos a porfía celebraron sus grandezas. En el mes de diciembre y en toda mi vida yo quisiera cantar a la Señora de mi corazón:

Pues concebida
Fuiste sin mancha,
Ave María
Llena de gracia.

¡Noche Buena! ¡Oh noche feliz que trajiste al mundo al fruto hermoso de la flor de José! ¿Qué significa ese Niño recostado en miseras pajas?— ¿Quién es el recién nacido a quien cantan los ángeles y adoran los pastores? Es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo de Dios que bajó del cielo, por amor al hombre y ocultando su Divinidad extiende sus manos y llama al pecador. ¡Oh misterio inefable! Oh noche feliz del venturoso Diciembre!

Sí, lectores míos, el mes de Diciembre nos trae alegrías, anuncia paz y predica amor. Ocupémoslo en alabar a nuestra Inmaculada Madre porque Ella, con su divinísimo Jesús en sus manos virginales, es el encanto de los ángeles y de los hombres.

FORTUNATO

Comiseración

Sobre un carro a la orilla del mar, están dos niños sentados. En sus rostros puede leerse la expresión del hambre y de la indigencia. Hijos del pecado, abandonados a sí mismos, trabajan para vivir. El más joven muerde un pan negro, recibido un poco antes; el otro lo mira con ojos compasivos; está hambriento pero calla. Aquella mirada ha conmovido al compañero...

—Tienes hambre? le pregunta.

—Sí, responde el más viejo.

—Toma! y le alarga todo el pedazo de pan.

—Y tu?, le pregunta el otro con un hilo de voz...

—Yo he cenado ayer tarde, come sin cuidado... Y bajo los rayos solares, se echa en el carro para olvidar con el sueño el sacrificio realizado. El otro devora el pan como si fuera ambrosía.

Comprende ahora lo que quiere decir comiseración!

Los dones del Niño-Dios

—Dime, Paquita, qué te va a traer el Niño-Dios este año?

—Pues yo le estoy pidiendo una *toallita* para no dejar de ir los días de fiesta a misa; es que la que tengo está muy rotilla; y otra cosa le pido, Pepito, *más mejor* que la *toalla*: que mejore a papá; esto es mejor, no te parece, Pepe?

—Yo creo que sí; verás que yo también se lo pediré al Niño, y que no se le olvide traerme un trompo bien bonito.

—¿Por qué no le pides un vestido; no

ves que esos calsones están muy viejos? ¡Pobre papá! así enfermo tiene que trabajar para comprarnos ropa y lo que tenemos que comer, porque qué hace el pobrecito si no trabaja, si somos tan pobres! Los chiquitos ricos pueden pedirle al Niño trompos, carretoncitos, muñecas y otros juguetes. Nosotros los niños pobres necesitamos más de ropita que de juguetes.

—Pienso yo, Paquita, si el Niño se acordará de los niños pobres, pues mamá dice que él es muy rico, y como los ricos de este lugar no se acuerdan de nosotros, pienso que el niño tampoco, si es rico. . . .

—No digas eso, Pepito; los ricos son duros de corazón porque no piensan más que en ellos; te acuerdas que el otro día lloraban papá y mamá porque el *señó* Pedro, el más rico de este pueblo, nos echó de la casa porque papá no podía pagarle el alquiler? Te acuerdas que el otro día mamá nos mandó *onde la señá* Juana por un pedacito de dulce y aunque tenía tanto en la cocina no nos dió ni una migajita? El Niño tiene un corazoncito muy tierno con todos; su corazón quiere mucho a todos, porque es padre amoroso, y quiere más a los pobres, porque les tiene lástima; como él fué pobre, sabe que los pobres no tenemos casi que comer, que pasamos mucho frío y que los ricos nos desprecian porque somos pobres. A los chiquitos pobres los quiere mucho; si son inocentes, porque se parecen a los ángeles de buenos y porque son desgraciados.

—Debe ser verdad que el Niño se acuerda de los pobres como tú y yo, pues los pobres se acuerdan de los pobres porque saben lo que son necesidades; el otro día lo ví yo acostadito en unas pajas y desnudito que me eché a llorar de lástima, pero entonces cómo dice mamá que es muy rico?

—No seas tonto, Pepe: como es Dios es dueño de todo el mundo y por eso le decimos el Niño-Dios; si hubiera querido hubiera nacido en una casa bien buena y estaría envuelto en mantillitas de seda, pero como él sabía que hay muchos pobres en el mundo, prefirió acompañarlos en la pobreza para que se consolasen y para que viéndolo pobre, nadie le tuviera miedo. ¿Pero por qué lloras, Pepillo?

—Es que... es que me duelo verlo desnudito... yo quiero mucho, mucho también a ese Niño! Él debe querernos mucho a nosotros, porque estamos casi como él, medio desnudos y pasamos mucho frío en las noches.

—Sí, Pepe, el Niño nos quiere tantísimo y nosotros lo hemos de querer mucho. Su corazoncito se le sale de puro amor.

Se me ocurre, hermanita, que yo querría ver muchas veces al Niño; saber donde vive para irlo a ver; yo jugaría mucho con él. . . .

—Ya olvidaste, Pepito, lo que mamá nos dijo el otro día, que el Niño estaba en la iglesia? Mamá nos dará permiso de ir todos los días; mamá dice que está escondido en aquel altarón grande que hay en la iglesia, donde está una puertecita chirrisquitilla; allí dice mamá que está vivo; que se ríe con los niños buenos que van a rezarle y no juegan en la iglesia; no lo vemos con los brazitos extendidos, como

en el portal, ni con sus ojitos dulces, ni con su boquita risueña, sino que dice mamá que la ruedita blanca que levanta el padre en la misa es el Niño-Dios. Allí le vamos a pedir muchas cositas bonitas, Pepito; que cure a papá, que nos repare ropita, que nos haga formalitos y buenos para que no tenga que llorar por nosotros y que nos lleve al cielo con papá y mamá para ir a jugar con él siempre, siempre; le vamos a pedir que todos vayan al cielo: los ricos y los pobres; que nadie lo haga llorar más; el Niño nos va a querer más, si no hacemos sufrir a papá y a mamá desobedeciéndoles o peleando; si no hacemos nada malo para no enojarlo y para que seamos sus amiguitos.

—Yo le ofrezco hacerme bueno, con tal que el Niño me quiera y entonces no se le va a olvidar traerme el trompito bien pintadito y bien bailador, vercad que sí, Paquita!

Sí, Pepe, portémonos bien y verás qué Niño tan bueno: hablemos a los demás niños del Niño Jesús cuyo corazón no desea otra cosa sino que le quieran mucho los chiquitos y los grandes y no sean tan ingratos dejándole solito en la iglesia sin tomarse el trabajo de ir a visitarlo, los chiquitos porque les gusta más jugar con los demás niños que estar con él, y los grandes porque piensan más en las cosas de esta vida que en la gloria que les promete si le sirven.

En el patio del casucho de Paquita y Pepe tuvieron este diálogo los dos niños.

Al frente vivía el señor Nicolás, viejo de mala catadura y avaro sin compañero: los pobres no lo podían ver, porque al uno había puesto en la cárcel porque no le podía pagar; al otro le había sacado una prenda, acosado por la necesidad; a un tercero le negaba su jornal; a aquel le tenía dinero alquilado con mucha usura y así cada cual tenía algo que sentir de aquel viejo avaro. Aquella tarde estaba el señor Nicolás en la ventana y pudo escuchar la conversación de los niños y aquel corazón que hasta ahí había sido de piedra, comenzó a enternecerse, no hay duda que porque el corazón del niño Jesús lo había tocado. Acercábase la Noche Buena. Fuese a la tienda y le trajo a aquella desgraciada familia ropa suficiente; lo mismo hizo con todos los pobres del vecindario. Reflexionó que era una verdad que el Niño estaba muy solitario y muy pobre en la iglesia porque ni los pobres le visitaban para exponerle sus miserias, ni los ricos para darle gracias por sus bondades al darles suerte en sus negocios y que éstos le negaban la limosna de lo más necesario siquiera para que no estuviese el Rey de los cielos y tierra en una iglesia tan pobre. Determinó cambiar de vida, restituyó lo mal habido, hizo confesión general y de ahí en adelante el señor Nicolás era querido de todo el mundo: protegía los pobres contribuía a las cosas de Dios, cumplía sus deberes de cristiano y sobre todo, visitaba a menudo el escondidito Niño del Sagrario. A consecuencia de su cambio, ya no sentía los remordimientos de conciencia de antes, sino una paz semejante a la que disfrutaban los niños inocentes; aunque con menos bienes se sentía feliz con una felicidad que

nunca le proporcionaron su mala fe y alejamiento de las cosas de Dios.

DESIDERIO

NOCHE-BUENA

Llega la noche; duermen los vientos como indomable fiera cansada, y entre las sombras suaves y lentas vuelan los copos de la nevada. En la vivienda del campesino lumbre de encina roja flamea: entre haz de chispas se abre camino de luz vistiendo la chimenea. Cubren la mesa limpios manteles, hierve vahando rústica cena, y en las callejas suenan rabeles y alegres coplas de Noche-Buena. Ya la familia llega gozosa. Todo es bullicio, fiesta y contento, y mira atenta con faz curiosa la perspectiva del Nacimiento. Mil candelillas de luz lo inundan, la luz fingiendo del claro día; rocas de corcho Belén circundan como escarpada sierra bravía. Frescas guirnaldas de verde yedra penden graciosas de las alturas, y el suave musgo brota en la piedra engalanando las endiduras. Doquier serpean mansas y ledas mil fuentecillas de hondos cristales y por las trochas y las veredas van las zagalas y los zagales. Mansos rebaños de albos corderos pastando marchan en la llanura: los Reyes Magos llegan ligeros en sus corceles por la espesura. Y en la esplanada tiende su vuelo y a los espacios raudo se eleva bello querube que con anhelo dió a los pastores la "Buena Nueva." ¡Cuántas casitas en la colina y en las vertientes brillan risueñas junto a la choza que se reclina en las altivas, agrestes peñas! Del cruel Herodes allí se llegue la majestuosa regia morada; aquí el humilde sencillo albergue donde la Virgen buscó posada. Luego un molino de rojo techo y cuyos muros manso rodea río chiquito de cauce estrecho donde la rueda gira y voltea. Mas con agreste, rústico aliño roba atrayendo los corazones aquella gruta donde el Dios Niño recibe ofrendas y adoraciones. Su faz divina la blanca estrella con resplandores del cielo baña, y ante Él se postran la Virgen bella y el casto esposo que la acompaña. De frescas juncias, salvia y tomillo los campesinos aromas flotan, y tras el parco festín sencillo de las gargantas las risas brotan. Suenan zambombas y panderetas, alegres voces, bulla y contento mientras derraman su luz inquietas las candelillas del Nacimiento. Y entre el volteo de las campanas que en los nevados campos resuena, mil entusiastas coplas lejanas cantan las glorias de "Noche-Buena."

PILAR DE CAVIA

Miscelánea

—¡Ah, amigo don Simplicio! ¿No sabe usted que Sebastián ha muerto? No puede ser, contestó don Simplicio, si Sebastián hubiera muerto, me lo habría escrito, porque otras cosas menos importantes me participa en sus cartas.

—¿Qué es un avaro?

Un hombre que se empeña en vivir pobre para morir rico.

La ofensa que no se olvida estos dos males produce: atormenta en esta vida y al infierno nos conduce.

Para que hagan pronto espuma las claras de huevo, se les echan dos o tres gotas de limón.

NOTICIAS

Damos nuestra cordial bienvenida al nuevo Jefe Político don Juan María Esquivel. Dadas las buenas referencias que tenemos de él y su trato afable, esperamos mucho en pro de Aserri. Dos deseos abrigamos: que una persona tan importante como es el señor Esquivel dure mucho tiempo entre nosotros, pues nos honra, y en segundo lugar que cada vecino de Aserri cumpla con sus deberes para que la autoridad no tenga que molestar a nadie, no molestarse y que todos unidos con la autoridad trabajemos por el progreso de este pintorezco pueblo. Dejemos a un lado las intrigas que a nada conducen. Cuando la autoridad es buena es un deber de conciencia apoyarla; el cambio frecuente de ella trae la paralización del progreso.

El 8 del corriente pasó a mejor vida la señora Albina v. de Díaz. Ya en cama recibió la santa comunión, el día que los demás socios del Apostolado lo hacían en la iglesia, pues estaba haciendo los primeros viernes. En sufragio de su alma, el sábado 16 habrá una misa a las 7½ a. m. Nuestro pésame a su virtuosa familia.

Se encuentra en cama la señora Nicolasa Fallas v. de Díaz. Lo sentimos y le deseamos pronto restablecimiento.

Tip. "El Pueblo"